



el hombre de
las 20.000
citas
de amor

SINATRA

DIA Y NOCHE

Por KURT SINGER

**I - ¿POR QUE TODAS
LAS MUJERES SE
ENAMORAN DE MI?**

L OS hombres del Clan bebían tranquilamente bebidas heladas en la rotonda del Gran Hotel Fairmont, en San Francisco. En el centro del grupo, un hombrecillo de cuarenta y siete años, de rostro enjuto y duro, vistiendo
SIGUE

SINATRA

con descuido una increíble chaqueta a cuadros verdes y malva, hacía reír a todo el mundo. «Es estupendo ser amigo de Frank Sinatra», se decían todos los testigos de aquella alegre compañía, entre la que se veía a Peter Lawford, el cuñado del Presidente John Kennedy.

Las miradas siguieron de pronto a un camarero que pasaba ante la mesa de Frankie llevando, con gran trabajo, una enorme bandeja cargada con un montón de vasos vacíos de todos los tamaños. El desgraciado parecía asustado por la inestabilidad y el tintineo de los frágiles recipientes y marchaba como pisando huevos casi sin atreverse a respirar.

—¡Eh, muchacho! —exclamó la Voz—. Te doy cuatrocientos dólares si dejas caer la bandeja.

—No le hagas caso —se opuso uno de sus compañeros—. Te van a echar una bronca.

—No te preocupes y déjalo caer todo —le animó Lawford riendo—; aunque te hicieran pagar hasta el último vidrio roto, harías buen negocio.

El camarero, completamente sonrojado, permanecía sin saber qué hacer, tan vacilante como el asno de Buridan. Frank sacó bruscamente un billete de su bolsillo y lo lanzó sobre la bandeja tambaleante.

—No hablemos más, amigo. Perdóneme.

El camarero, como un autómatas, se dirigió hacia el bar, miró maquinalmente el billete de banco. ¡100 dólares! Lanzó un verdadero rugido y dejó caer su cargamento, que se rompió en mil trozos.

Otra vez, cuando rodaba en «El desconocido de Las Vegas» en la capital del juego, Sinatra se divertía deslizando petardos en los bolsillos del pantalón de todos sus amigos que pasaban a su lado y después de la explosión les tenía un billete de 100 dólares para comprar un traje nuevo.

de pequeño lord a embajador de la "nueva frontera" 62

Hace sólo unos años, Frank Sinatra hubiera encontrado muchas dificultades para reunir tal suma. La suerte le volvía la espalda. Hoy todo cuanto toca parece convertirse en oro y tira el dinero como si ganase demasiado. Así es este diablo de hombre. Su vida es un mentis perpetuo, su carre-



A los 15 años quiso ser boxeador. Fue al gimnasio y, poco tiempo después, se cansó. Pasado el tiempo, cuando Frank era ya un hombre famoso, conocería a dos veteranos campeones, Jack Dempsey y Joe Luis, junto a los cuales Frank parece un niño asustado...



Es a la vez un «duro» y un «play-boy», un político y un payaso fracasado. Su mayor sueño fue el de convertirse en un gran actor cómico. Aquí le vemos, vestido de payaso, junto al cantante negro Billy Daniels y el bailarín Frank Nichols. El subconsciente de Sinatra, el cantante que es un payaso fracasado, descubrió la más aguda de sus vocaciones.

ra una sucesión de cambios desconcertantes.

A los ocho años, disfrazado de pequeño lord Fauntleroy en Carnaval, Frank, nene mimado de su mamá, se vio bombardeado con verduras podridas por una banda de gamberros.

A los quince años era aprendiz de boxeador.

A los veinticinco años es el primer cantante que haya «conseguido hacer vibrar el cuerpo frío de la mujer norteamericana», según la expresión de Charlie Chaplin, y recibe 700 cartas de amor diarias. A los treinta años es el «Tarzán de alcoba» de todas las estrellas de Hollywood. A los treinta y cinco es el esclavo de Ava Gardner. Bebe, pierde la voz e intenta suicidarse en dos ocasiones. Se dice que está acabado. Pero a los cuarenta años se ve de nuevo llevado a la cumbre por una ola de popularidad sin precedentes. A

los cuarenta y tres es propagandista electoral de Kennedy. A los cuarenta y cinco es consejero de Grace de Mónaco, el hombre que contribuyó a que la princesa se decidiera a volver a la pantalla.

Toda su vida Sinatra se verá solicitado por fuerzas opuestas: entre el boxeo a puño limpio y la canción sentimental con o sin micrófono; entre las riñas nocturnas en los bares y las grandes campañas humanitarias. Enfurecido por cualquier cosa, generoso en exceso, hace bailar a las chicas y llover los dólares; es a la vez un «duro» y un «play-boy», un político y un payaso fracasado —siempre ha soñado en convertirse en un gran actor cómico—, un campeón de la libertad y un sultán tiránico.

En todo el mundo se aplaude no sólo su voz, sino también al fenómeno que responde al escándalo con el «milagro», que, con-

denado como una ruina, vuelve como el número uno. El niño terrible de Hollywood ha acabado por convencer a sus compatriotas de que merecía ser el embajador de la América demócrata de 1962.

¡no bajas nunca la guardia!

En vísperas de divorciarse, parece que Ava Gardner aconsejó a Frankie:

—Vuelve con tu madre, siempre estás pensando en ella.

Esta frase sarcástica podría hacer creer que Sinatra sigue agarrado de las faldas de su madre. Sería más exacto decir que sus orígenes y su ambiente familiar le han marcado profundamente. Repite a menudo que no en vano tiene sangre italiana en las venas.

Su gusto por las trifulcas, su horror por el fanatismo y el racismo, su inclinación por los trajes llamativos y el lujo ostentoso,

todas esas costumbres tan arraigadas en él, se remontan a los buenos y a los malos recuerdos de su infancia.

Ya en su nacimiento, en la noche del 12 de diciembre de 1917, Frankie se vio duramente tratado por el destino. Su madre, Dolly, está en peligro de muerte. El niño tiene tan mal aspecto que el médico estima que no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir y dedica todos sus esfuerzos a salvar a la señora Sinatra. El niño, dejado en un rincón, sólo debe la vida a la presencia de ánimo de su abuela que le fricciona y le hace los movimientos respiratorios.

Dolly, un tipo irresistible de «mamma» italiana, es una ardiente sufragista al servicio del Partido Demócrata. Canta en las iglesias cuando no participa en algún mitin. Esta mujer, que pesa cien kilos y a la que su hijo llamará «barril de alegría», **SIGUE**



Frank Sinatra, el muchacho romántico, el más famoso «crooner» de la época, asomaría al cine sin que nadie creyese que, unos años más tarde —con «De aquí a la eternidad»—, pudiese obtener un día el codiciado Oscar con su simple trabajo de actor.

SINATRA

no tiene tiempo para cuidar del pequeño Frank, pero se ocupa siempre de su elegancia. Es un príncipe en ella. Los golfos del barrio se burlan del niño escúchimizado que lleva trajes tan bien cortados y se ingenian para rompérselos o ensuciárselos. El joven italiano se promete no ser mucho tiempo una víctima. Se acuerda de la recomendación de su padre, un emigrado italiano que, después de ser boxeador con el nombre de Martin O'Brien, ha comprado un pequeño bar: «No bajas nunca la guardia, hijo mío».

cómo declararse cantando

En las calles brumosas de Hoboken, Frank aprenderá a valerse

de sus puños y a defender sus trajes nuevos.

Hoboken es un barrio miserable, lleno de mujeres de vida airada y de bares de marineros. Entre dos grescas, mira las luces de Manhattan reflejarse en las aguas del río y sueña en pasar algún día a la orilla buena. Mientras espera, va siempre rodeado de sus guardias de corps, los J 3, entre los que se encuentran muchachos de todas las razas. No ha olvidado que un joven negro se lanzó espontáneamente en su auxilio un día, cuando tenía doce años y se veía asaltado por diez contra uno. Desde aquel momento no aguanta que se hable mal de los negros y tampoco de los judíos.

Los habitantes de Hoboken recuerdan todavía a Frankie como un adolescente impetuoso, de cabellos ondulados, que deambulaba por las calles intentando imitar el paso de Bing Crosby, el

ídolo del momento, que sólo conoce a través de la radio.

Pero no es como admirador como el joven jefe de banda irá un día a escuchar al cantante en el teatro Paramount de Times Square. Sus «hombres» se mantienen lejos, Frank sale con Nancy Barbato, la vecinita que vive justamente enfrente de la familia Sinatra. Ha comprado dos entradas de 50 pesetas para entrar del brazo de aquella guapa chica.

No siente admiración beata, sino más bien agresiva. No aplaude. Tiene simplemente ganas de relevar al ídolo. El sacrilegio se produce ante 2.000 fieles. La canción de Bing Crosby habla de un cielo eternamente azul. Una voz agria le corta:

—Eso no es difícil. Yo podría hacerlo como él.

El que ha osado desafiar al «cantante bien amado», es sacado fuera del local por sus guar-

dianes, y se escapa por los pelos de ser arañado por las uñas de las jóvenes indignadas, que no pueden imaginar que dentro de seis años sus hermanas menores se volverán locas por ese muchacho de cara arrugada y ojos azules.

Cuando acompaña a Nancy a su casa, Frankie le dice:

—¿Sabes? La música es mi verdadera vida. Toco el ukelele.

Al día siguiente del escándalo, la vecinita, que está en el pórtico de su casa con su hermana Ela, ve al joven salir llevando el ukelele y atravesar la calle. Las jóvenes están ocupadas haciéndose las uñas.

—¿Cuánto me cobrarías por una sesión de manicura? —pregunta Frank sonriente.

—Te lo podemos dejar en una cancioncita con acompañamiento de ukelele mientras acabo con Ela —responde Nancy.

Frank se apoya en la balaustrada, rasguea su instrumento y comienza a cantar:

«Mujer de mis sueños, te amo, eres deliciosa».

"quiero ser cantante profesional"

Nancy enrojece y sonríe. El muchacho nota que su repertorio gusta y ataca otra canción: «Me recuerdas la niña que iba a la escuela conmigo».

Nancy aplaude.

—¿Dónde has aprendido eso? —dice ella, que jamás había oído tales melodías.

—Es una de las canciones que me enseñó papá —contesta el Romeo de Hoboken—. Me decía que solía cantarlas a mi madre cuando su noviazgo. Esto se remonta a los alegres años de mil novecientos.

Nancy soltó la carcajada:

—¡Qué divertido eres! No tienes aspecto de un muchacho romántico.

Le llegó a Frank el turno de sonrojarse.

—No soy sentimental. Es esta canción... Es un poco especial.

Y da media vuelta.

—Espera —exclama Nancy precipitadamente—. No olvides que te debo una sesión de manicura.

Toma la mano del muchacho y la atrae hacia ella.

—En aquel momento —contará más tarde Sinatra— sentí como una onda magnética que me recorría todo el cuerpo.

La mano de Frank tiembla en la de Nancy mientras la muchacha opera con sus tijeras.

—¡Ay! —grita. Mira a su índice. La sangre corre.

—Perdóname —dice Nancy confusa.

El prorrumpe en una carcajada.

—No es nada, vamos a bañarnos.

Y corren descalzos hasta la playa.

Todo el verano, Frank y Nancy se pasean como enamorados a lo largo de la playa. Después del flechazo, la felicidad inunda al joven «duro» como el sol del Mississippi.

—Quiero ser cantante, cantante profesional —precisa Frank confiándose una noche a la joven—. Ganaré un montón de dinero y podremos casarnos.

En el colegio, Frankie está a disgusto. Hace diabluras.

—Estoy perdiendo el tiempo —dice a su madre.

Dolly no insiste. Su hijo está amenazado de expulsión

Su padre le encuentra un empleo como obrero escayolista. Con su primer sueldo, Frankie compra un coche y puede así dar lecciones, por las noches, en las salas de fiesta populares de Nueva Jersey. De bar en bar ensaya su repertorio: canciones de moda.

Una noche, se entera de que se celebra un concurso de aficionados en un teatro de variedades de Jersey City. Acude corriendo, pero cuando sube al estrado cara a los proyectores, se siente desfallecer. Espera silbidos y una lluvia de proyectiles diversos. Para su sorpresa, se le escucha. Reconfortado, se deja llevar por el ritmo de «El viejo mago negro», canción que se convertirá en uno de sus «best-sellers». Gana la par-

tida. Y el primer premio, con derecho a frenéticos aplausos, constituye una especie de preguatización del éxito que le espera.

El joven cantante se une a un cuarteto local, los «Cuatro de Hoboken», y recorre las carreteras con el Mayor Bowes. Después de varios meses de gira se siente harto y recupera su libertad. Consigue que le contraten como solista en un club de Jersey llamado «La cabaña rústica». Gana 20 dólares por semana. No es todavía más que un animador de barriada pero es ya un don Juan. A pesar suyo, Caen como moscas. No vuelve de su asombro.

Una noche, cuando canta «Amame o vete y déjame solo», observa a una pareja que baila muy cerca de la orquesta.

La mujer, una rubia de largas piernas, moldeada por un vestido estrecho, se las arregla para que sus dedos rocen los de él y le desliza esta nota: «Pase a buscarme a casa cuando haya terminado su actuación».

Sinatra, perplejo, susurra al director de orquesta:

—Al diablo si entiendo por qué todas las mujeres se vuelven locas por mí.

—Hay algo en ti —le contesta riendo su interlocutor— que les dice que no se engañan.

Esto no es más que un comien-

zo y luego el cantante no podrá contar las jóvenes y las mujeres que se lanzan a sus pies.

el primer matrimonio de frankie

Por el momento, su corazón está bien aprisionado —por lo demás no latirá en toda su vida más que por una sola mujer a la vez— y el 4 de febrero de 1939, Frank y Nancy Barbato se casan. Una ceremonia muy italiana, con vino de Chianti después de la Misa y gran jolgorio.

La joven pareja alquila un pequeño piso por 40 dólares al mes y él está profundamente enamorado.

En «La cabaña rústica» la ronda continúa. Las mujeres conquistadas dan vueltas a su alrededor. Canta cada vez mejor, pero después del espectáculo no tiene otra cita que con la «vecinita de enfrente» convertida en señora Sinatra.

—Lo siento, la manicura me espera —dice a sus admiradoras, que no comprenden la alusión.

Una mañana actúa en la radio por primera vez en un programa musical ofrecido por una compañía inmobiliaria. Tiene por compañera a Dinah Shore, tan desconocida como él por aquel entonces.



Cuando Frank Sinatra era un muchacho desconocido, el «crooner» de moda era Bing Crosby. En cierta ocasión, cuando Crosby actuaba ante 2.000 incondicionales, Sinatra le interrumpió: «Eso no es difícil. Yo podría hacerlo como él». Naturalmente, le echaron del local.

La cantante, que vive hoy, como Frank, en Beverly Hills, a pocas casas de distancia, no ha olvidado aquellos principios.

—Aquel concierto matinal —cuenta—, provocó seguramente la indigestión de más de un auditor que estuviera tomando el desayuno. Teníamos que interpretar baladas, un dúo en la, y, créame —todavía se ríe—, de la manera como entendíamos la cosa, no había necesidad ninguna de emisora para que nos oyeran en toda Nueva Jersey. Estábamos bien dispuestos a abrir la boca al mismo tiempo, pero como si cantáramos cada uno por nuestra cuenta, Frank no salía de su indignación por ver a una empresa de Nueva Jersey requiriendo los servicios de una señorita del sur. Por mi parte, no podía comprender cómo habían podido contratar a uno de esos condenados yanquis.

Recientemente, Frank cobró 40.000 dólares por participar en un espectáculo montado por Dinah en la televisión.

espaguetis para los músicos

Aquella emisión fue la primera oportunidad para Frank, el niño terrible de Hoboken. Harry James se encontraba por casualidad a la escucha y escuchó a «la Voz» cantando «El viejo mago negro». El director de orquesta asalta un taxi y se traslada a Jersey para sacar del nido a aquel pájaro raro.

Sinatra se acuerda de aquel encuentro como si hubiera pasado ayer:

—Fue en la noche del lunes al martes, mi noche de permiso. Había llegado a un

SIGUE



Su primer matrimonio fue con Nancy Barbato, una guapa vecina de los duros tiempos de Hoboken. La pareja alquiló una vivienda por 40 dólares al mes. Años después, ya divorciado, iría a recoger su Oscar con Frank y Nancy, hijos de aquel matrimonio.



¿Por qué todas las mujeres se enamoran de mí?, preguntaba Sinatra. Su público femenino era enorme y cada llegada a un aeropuerto se convertía en un motivo de tumulto.

SINATRA

acuerdo con Lucille Kirk, la animadora de la orquesta, que me reemplazaba. Harry entró y, al verme, me pidió que cantara mi programa como de costumbre. De momento me sentí decepcionado por no poder aprovechar mi permiso. Pero no me sentí frustrado mucho tiempo. James me llevó aparte y me dijo:

«—¿Qué hace usted en un sitio como éste?

—¿Cuándo empezamos? —dije.

—Mañana —refunfuñó el famoso trompeta—. Le aseguro setenta y cinco dólares por semana con un contrato por dos años.

Telefoné a Nancy para decirle que se despidiera de su empleo de secretaria y se preparara a seguir nuestra gira. El mundo me parecía empedrado de oro y lleno de bondad hacia mí.»

Cuando la orquesta de Harry James se presenta en el hipódromo de Baltimore, Frank aún no está en los carteles y cuando apa-

rece en el estrado los jóvenes ni siquiera conocen su nombre. Sin embargo, unos segundos más tarde, cuenta con numerosos «hinchas» que se precipitan profiriendo alaridos hacia la orquesta para exigir que permanezca más tiempo en escena.

De ciudad en ciudad, la formación viajera acaba por llegar a California. Nancy es una deliciosa cantinera de la compañía. Cocina espaguetis para ayudar a los músicos a no sobrepasar su presupuesto. Pero esto es sólo durante un corto período de tiempo. En el viaje comunica a su marido que va a tener un hijo y él la convence para que vuelva a su piso de Nueva Jersey.

"tendrá usted necesidad de dinero ahora, con el bebé"

En otoño de 1939, Harry James se presenta en Chicago. Es ahí donde las puertas de la suerte se abren por segunda vez para Frank.

La orquesta de Hot de Tommy Dorsey, la predilecta de Nueva York, se encuentra igualmente en la región. Tommy le pregunta quién, en su opinión, podría reemplazarle. Jack contesta:

—Acuérdese de aquel muchacho que oímos un día por la radio. Recuerde cómo imitaba mi estilo de aquella época. Está en Chicago ahora.

Dorsey citó a Sinatra en Palmer House. Le recibió Arthur Michaud, su manager, quien le hizo sufrir una prueba.

—Escuche atentamente este disco y dígame si puede o no cantar en este estilo.

Le hace oír una grabación de «Maria, el sol se levanta» y la voz fluida e insinuante de Jack Leonard desgrana en el aposento esta tierna canción de amor. Sinatra levanta el brazo del pick-up y continúa el hilo de la voz de Leonard. Cuando acaba de «deslizarse sobre terciopelo», el rostro del manager se ilumina con una sonrisa de felicidad.

—¿Sirve?

—Como anillo al dedo.

—¡Estupendo! —aúlla Sinatra, que se precipita fuera de la habitación, salta sobre un teléfono y llama a Nancy.

—Bebé, he triunfado; canto con Tommy Dorsey.

—¿Eso significa un aumento en nuestros ingresos? —pregunta la joven.

Frank se queda «pegado». Se ha olvidado de preguntarlo. Pero pronto se tranquiliza. Al día siguiente, Dorsey le propone el mismo salario que Leonard: ciento cincuenta dólares por semana y un contrato de tres años con una opción de renovarlo a su expiración.

El joven cantante se acuerda entonces de su contrato con Harry James. Está aún ligado por dieciocho meses. Confía al trompeta la oferta de Dorsey.

—Es la oportunidad de mi vida —le dice.

—¿Traes el contrato? —le pregunta James.

Frank lo saca de su bolsillo y se lo da.

—Nancy y tú vais a necesitar más dinero con el niño.

Diciendo esto, Harry rompe el papel y concluye:

—Ahora eres libre.

una existencia de viuda

Sinatra aparece por primera vez en público con la orquesta de Tommy Dorsey en Rockford, en Illinois, el 25 de enero de 1940, y se lanza con la canción «Mi plegaria». Durante seis meses comparte la vida de los músicos, una vida ajetreada que, por lo demás, le gusta mucho. Hay que comer en pie y viajar toda la noche en el coche de la orquesta. Frank apenas duerme. Una vez se precipita sobre Buddy Rich, el batería, porque éste ha retardado demasiado el ritmo mientras cantaba. Sinatra ha tomado la costumbre de hacer largas pausas entre una frase y otra, pero esta vez Buddy ha exagerado. El cantante, loco de indignación, para ajustar las cuentas, coge una botella y la tira a la cabeza del batería, que la esquivo por poco. Este incidente no impedirá a Sinatra, años más tarde, participar con 40.000 dólares en la formación de una nueva orquesta dirigida por Rich en un hotel de Las Vegas. Frank, a pesar de su mal carácter, sabe reconocer el talento.

Entre tanto, Nancy ha traído al mundo una niña. Comparte un piso con su hermana Ela. Frank le telefona regularmente. Desde lejos ella le alienta. Le dice que se está convirtiendo en un ama de casa modelo. Mientras ella conduce una existencia de viuda, Frank se abre camino como cantor de baladas románticas con su rostro de muchacho de suburbio que atrae a las mujeres y les da ganas de consolarle. Cuando sube a escena tiene el aspecto de un chico de quince años aterrorizado por la idea de tener que afrontar su primer público. Sostiene el micrófono con precauciones, como si fuera una serpiente. Su pecho se hunde como si sufriera por las excesivas hombreras que pesan sobre sus débiles hombros. Contempla al auditorio como si implorase gracia o buscara a su madre. Se decide entonces a mover sus labios temblorosos. Cuando empieza «Esta vieja magia negra me ha echado un maleficio...», las mujeres tienen lágrimas en los ojos y se estremecen.

El «Time», que le dedica su cubierta, nota que canta lentamente, más lentamente de lo que se habrían atrevido a hacerlo hasta aquel día los animadores más populares, pero desprendiendo un

ritmo tan angustioso como el latido del corazón.

bing crosby: "tú llegarás lejos"

Con la orquesta de Tommy, interviene en una primera película: «Las noches de Las Vegas». Después de la proyección, un espectador con traje de caza y un sombrero echado sobre los ojos se le aproxima y le dice:

—Muy bien, Frank, llegarás muy lejos.

Es Bing Crosby. Sin rencor.

Parece que ha llegado el momento de dejar la orquesta y probar suerte como solista. Su grabación de «Noche y día», de Cole Porter, el compositor de moda, va a darle disco verde. Axel Stordahl, que ha escrito la adaptación musical, refiere la ansiedad de Frank en el momento en que el disco pasó por primera vez a la radio. «Estábamos los dos sentados en la habitación del hotel,

como velando las armas, atentos a los menores ruidos. Todo comenzó con un sordo rumor, luego el estrépito aumentó y la ola rompió bajo nuestras ventanas». Durante tres horas, miles de admiradoras que han oído «La Voz» en las ondas, van a interrumpir la circulación. Se disputan el disco de su nuevo ídolo.

Frank pide su libertad al padrino de su hija, Tommy Dorsey. Al principio, éste no quiere saber nada. Luego le impone sus condiciones: puede volar con sus propias alas si le entrega una tercera parte de sus ganancias durante los diez años próximos, más un 10 por 100 para su manager.

110 por ciento de las ganancias para sus intermediarios

Después de algunos días de tiempo muerto y de dudas, las grabaciones y los contratos en la radio se suceden. Se convierte en

la estrella del programa de los cigarrillos Lucky Strike, a mil dólares por semana.

Estimando que necesita un auditorio vivo, un contacto directo con el público, establece nuevos contratos con una gran agencia de espectáculos. En resumidas cuentas: hace trabajar a tantos intermediarios que tiene que darles, como él mismo dice, «el ciento diez por ciento de mis ganancias»; pero se siente feliz.

—Al menos no paro de cantar.

La atmósfera está excitada. La «gran explosión» se aproxima. Tiene lugar en la víspera de Año Nuevo, en la noche del 31 de diciembre de 1942. El cartel del teatro Paramount de Nueva York es sensacional: estreno mundial de una película y un programa de variedades con la orquesta de Benny Goodman y Frank Sinatra, cuyo nombre aparece, al fin, con letras grandes.

Tantos jóvenes han sido llamados a filas que las jovencitas tienen el corazón vacante. Sinatra ha intentado enrolarse también, pero el consejo de revisión ha aplazado su alistamiento.

El público, esencialmente femenino, saluda a Goodman con aplausos moderados. Pero cuando el telón se levanta sobre Sinatra, se produce el delirio. Frank lo recuerda así:

—Creí volverme sordo. Un rugido insensato subía hacia mí. En una extraordinaria cacofonía, cinco mil «bobby-soxers» golpeaban con los pies, aullaban, aplaudían frenéticamente. Benny estaba tan asustado que saltó al micrófono para que pudiera distinguir sus palabras y me dijo: «¿Qué demonios va a pasar aquí?». Prorrumpí en una carcajada y mi tensión desapareció. Pude empezar a cantar.

A medianoche todo el mundo ondeaba pañuelos. De pronto la multitud invade la escena. Aterrorizado, Sinatra se bate en retirada y se atrincheró en su camerino. Ha perdido los botones de su chaqueta, su rostro está embadurnado de lápiz de labios mentolado. Se derrumba sobre una silla desconcertado e intenta puntualizar la situación: ¿Es esto un sueño maravilloso o una pesadilla?

K. S.

PROXIMO CAPITULO

II

TODAS LAS MUJERES LLEVAN A AVA



Su ascendencia italiana se ha reflejado también en su gusto por los trajes vistosos. En un singular sentido de la elegancia, al principio chillona, luego, más sencilla.